

á la madre que le vengue; lo mismo hace una esposa ó mujer casada que ama mucho á su marido y le ha tenido ausente, que luégo se regala, quejándose de las desgracias que en su ausencia le han sucedido. Este afecto muestra aquí la esposa luégo que se ve acariciada y regalada con el llamar de su esposo; y en lo demás que le dijo, quejase de la cosa que más le ofende, y es que, como ella tenía una viña, que arriba hemos visto, la cual apreciaba mucho, y veía que las uvas estaban en cierne y comenzaba á quedar limpio el agraz, tiene gran temor que las raposas se la echen á perder; y quejándose de la mala casta dañadora, demanda socorro al esposo y á los pastores sus compañeros, diciendo: «Cazadme las raposas pequeñas;» y en decir pequeñas guarda bien la propiedad de la naturaleza; porque cuando las viñas están en agraz, y antes que comiencen á madurar, entonces las raposillas de las camadas se crían, y estas hacen después muchos daños á las viñas, porque son muchas y van juntas; y como por su poca fuerza no se atreven á hacer mal y salto en los ganados pequeños, ni en las gallinas, ni en las otras cosas que los raposos viejos cazan y destruyen, vanse á las viñas, donde hay menos concurso de hombres y de perros, y ellas son menos vistas por la espesura de las hojas y pámpanos, y hacen mucho daño; y por eso pide la esposa que las prendan y maten ahora que aún son pequeñas, que será más fácil que después; y así, dice «las raposas», y declarándose más, añade «las raposas pequeñas»; porque dijo que su viña estaba en cierne, y con esto se acordó del daño y mal que estando en tal sazón podrían hacer en ella las raposas. Porque, como se imagina, en este intermedio alguna corriendo le pasó por delante, parécele á la esposa que deja el esposo su plática y da tras la raposa, diciendo á voces á sus compañeros: Á la raposa, á la raposa, que son destrucción de las viñas, y la nuestra está en flor; y como le ve ir, ruégale que se vuelva luégo, diciendo:

«El amado mío es mío, y yo soy suya, que apacienta

entre las azucenas.» El amado mío, y yo á él, es manera de llamar, como si dijese: Amador y amado mío, tú, que apacientas entre las azucenas tu ganado hasta la tarde, vuélvete luégo volando como un corzo (algunas palabras destas no carecen de obscuridad) hasta que sople el día y las sombras huyan. Algunos entienden por esto el tiempo de la mañana, otros el mediodía; y los unos y los otros se engañan, porque, así la verdad de las palabras como el propósito á que se dicen, declaran el tiempo de la tarde, porque siempre al caer del sol se levanta un aire blando, y las sombras, que al mediodía estaban como quedas, al declinar del sol crecen con tan sensible movimiento, que parece que huyen; por donde los setenta intérpretes dijeron bien en este lugar: «Hasta que se muevan las sombras;» como también dijo el poeta, significando la misma sazón de tiempo: *Atæque cadunt de montibus umbræ.*

«Sobre los montes de Beter.» Beter es nombre propio de monte así llamado, ó es el epíteto general de todos los montes; porque *beter* quiere decir división, y por la mayor parte los montes dividen entre unas y otras tierras; así que, decir «montes de Beter» es decir montes divididores, y con estas palabras tornó en sí, y viéndose sola, y conociendo su engaño, hace lo que en el capítulo siguiente prosigue, diciendo:

### CAPÍTULO III.

#### ESPOSA.

- 1 En el mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma; busquéle y no le hallé.
- 2 Levantarme he agora, y cercaré por la ciudad, por las plazas y lugares anchos buscaré al que ama mi alma; busquéle y no le hallé.



3 Encontráronme las rondas que guardan la ciudad; preguntéles: ¿Visteis por ventura al que ama mi alma?

4 Á poco que me aparté de ellas (anduve) hasta hallar al que ama mi alma; asíle, y no le dejaré hasta que le meta en casa de mi madre y en la cámara del que me engendró.

5 Ruégoos, hijas de Jerusalén, por las cabras ó por los ciervos del campo, no despertéis, ni hagáis velar el amor hasta que quiera.

CORO DE PASTORES.

6 ¿Quién es esta que sube del desierto como columna de humo de oloroso perfume de mirra é incienso y todos los polvos olorosos del maestro de olores?

7 Veis el lecho de Salomón, sesenta de los más valientes de Israel están en su cerco.

8 Todos ellos tienen espadas y son guerreadores sabios; la espada de cada uno sobre su muslo por el temor de las noches.

9 Litera hizo para sí Salomón de los árboles del Líbano.

10 Las columnas hizo de plata, su recodadero de oro, la silla de púrpura, y por el entremedio amor por las hijas de Jerusalén.

11 Salid y ved, hijas de Sión, al rey Salomón con corona con que le coronó su madre en el día del desposorio y en el día de la alegría de su corazón.

COMENTO.

Natural conocida cosa es á las mujeres desposadas que bien aman á sus esposos, en faltándoles de noche de su casa, les viene mala sospecha, ó que no las aman ó que aman á otras; y algunas hay que les da tanto atrevimiento esta pasión, que les hace creer tener en todo tiempo presente al que aman, y en las noches mucho más; parte, porque con el sosiego y silencio de la noche, de su natu-

ral, desembaraza los sentidos de otras cosas que los distraen, ocúpase el ánimo toda en el pensamiento del que ama, y enciéndese más el amor; y parte, porque crecen los celos, pensando que se ayuda de la noche para alguna travesura, y los recelos, de temor no le acontezca algún peligro de los muchos que suelen acaecer y acarrear las tinieblas. Esta pena, que es mezclada de amor y celos, escarba el corazón y le abrasa tanto, que llega algunas veces á sacar una pobre, flaca y temerosa mujer de su casa, que olvidando su temor y condición, de noche y á solas ronda las calles y plazas, y no se satisface con menor diligencia; la cual pasión vehemente se declara en esta letra, además de los ejemplos que cada día se ven de esto; y porque, como hemos dicho, el amor bueno ni teme peligro, ni pára en ningún inconveniente, dice:

«Levantarme he ahora, y cercaré por la ciudad y plazas y por los lugares anchos, y buscaré al que ama mi alma; búsquele y no le hallé.» Lugares anchos llama á los públicos, que por el mayor concurso de gente se edifican siempre más anchos y espaciosos que los otros. Cuenta en esto Salomón, no lo que en hecho pasó por su esposa, que no es cosa que pudo pasar; sino lo que podía acontecer, y está bien que acontezca á una persona tan común como una pastora perdida de amores por su pastor, cuyas palabras imita; que es una ficción muy usada entre los poetas, decir, como he dicho, no lo que se hace, sino lo que el afecto de que hablan pide que se haga, fingiendo para ello personas que con más encarecimiento y más al natural lo podían hacer, y así lo hace aquí Salomón.

«Levantarme he.» Gran fuerza de amor es esta, que ni la noche, ni la soledad, ni los atrevimientos de hombres perdidos, que en tales tiempos y lugares suelen tomar licencia, pudo estorbar á la esposa que no buscase á su deseo. Según el espíritu, se entiende de aquí el engaño de los que piensan á Dios descansando, y lo mucho que se ha de arriesgar el que de veras le busca.



Dice: «Encontráronme los guardas que rondan la ciudad.» No se espanta, ni enflaquece el amor por ningún poder humano, y el que es verdadero no trata de encubrirse de nadie, ni de buscar colores para que los otros no le entiendan; y así, la esposa en viendo á las rondas les pregunta: «¿Visteis por ventura al que ama mi alma?» Vense aquí dos muy grandes afectos del amor: el uno, que ya queda dicho, que no se recata de nadie, ni se avergüenza de mostrar su pasión; el otro es una graciosa ceguedad que trae consigo, y es general en todo grande afecto, el pensar que con decir «visteis á quien amo», estaba ya entendido por todos como por ella quién era aquel por quien preguntaba. No dice lo que la respondieron; de donde se entiende no haberle dado buen recaudo á su pregunta; porque las gentes divertidas en varios y diversos pensamientos, como son los públicos, saben poco de esto que es amor con verdad, y porque, según la verdad del espíritu que aquí se pretende, toda la alteza del saber y prudencia humana, en cuya guarda y conservación viven los hombres, jamás alcanzaron á dar ciertas muestras de Jesucristo.

«Á poco que me aparté de ellas anduve hasta que hallé al amado de mi alma.» No pierde la esperanza el amor, aunque no halle nuevas de lo que busca y desea; entonces se enciende más; y así, la esposa anduvo, y halló por sí lo que no supieron mostralle las otras gentes, y dice que le halló á poco que se apartó de las rondas de la ciudad; que, según el espiritual sentido, es cosa de grande admiración y de considerar, que antes le había buscado mucho y no le halló, y en apartándose de las guardas y de la ciudad, luégo le halló; en que se entiende que en las cosas más desesperadas, y cuando todo el saber y industria humana se confiesa por más rendida, está Dios más presto aparejado para nuestro favor; y juntamente con esto, se ve la razón por que muchos que buscan á Cristo longamente por muchos días y con grandes trabajos, no le hallan, hallán-

dole otros con más brevedad, que es porque le buscan donde él está; y no le hallan los otros, ni quiere, porque le buscan, no donde él está, sino donde ellos gustan de hallarle, sirviéndole en aquellas cosas de que ellos más gustan, y les coge más en gracia por ser conformes á sus inclinaciones y particulares juicios.

«Asile, y no le dejaré hasta que le meta en la casa de mi madre y en la cámara del que me engendró.» No es amor el que, viendo al fin de su deseo, en alcanzando la voluntad del que ama se entibia y desfallece; que el bueno y verdadero de allí crece hasta venir al más alto y perfecto grado; lo que se declara en la casa de la esposa y en la cámara de su nacimiento, esto es, reposo y perfecta posesión que trae consigo el acabado y perfecto y encendido amor. Llama á su casa, no suya, sino de su madre, y cámara de quien la engendró, imitando en esto la común manera de hablar de las doncellas, que se usa también en nuestra lengua castellana, como se ve en diversos cantares.

«Conjúroos, hijas de Jerusalén.» Esto dice aquí la esposa, que son palabras semejantes á las que el esposo antes había dicho. Hablando de ellas, entendemos que era de noche, y le traía después de muy buscado para que reposase en su casa; y así, ruega á la gente de ella que no le quiebren el sueño.

«¿Quién es esta que sube?» Desde aquí hasta el fin del capítulo hablan los compañeros del esposo, festejando con voz de admiración y de loor á los nuevos casados; que es declarar el alegría de los ciudadanos de Jerusalén, y las palabras que conforme á ello se pudieron decir cuando la hija de Faraón entró la primera vez en la ciudad y se casó con Salomón. Así que, esto no trae mucha dependencia con lo de arriba, antes parece que Salomón aquí respondió al cuento que llevaba enhilado. Se pone á relatar cosas diferentes de aquellas, ó ya muy pasadas, que suelen dar mucha gracia á las escrituras semejantes desta; si no que-



remos decir que todo lo que se ha dicho hasta aquí responde al tiempo que medió entre los conciertos hasta que se celebraron las bodas de los reyes; en lo cual, como suele acontecer, es de creer que hubo muchas demandas y respuestas de la una parte á la otra, muchos deseos, muchos afectos y nuevos sentimientos, los cuales se han declarado hasta aquí por la figura y rodeos que habemos dicho y visto. Pues dice: «¿Quién es esta que sube del desierto?» Porque los había muy grandes entre Egipto (de donde venia la esposa) y la tierra de Judea; porque se finge, como dicho es, que ella vido á su esposo en el campo, y de allí vienen juntos.

«Como columna de humo.» Cosa sabida es, así en la Escritura Sagrada como en las profanas, que la gente de Palestina y de sus provincias comarcanas, por la calidad de la tierra, usaban de muchos y preciosos olores; pues compara á la esposa á la columna de humo; que llama al humo así por la semejanza que tiene con ellas cuando de algún perfume ó de otra cosa que se quemó sube en alto seguido y derecho; con la cual comparación la loa tanto de bien dispuesta y gentil de cuerpo (que esto más adelante se hace copiosamente) cuanto de la fragancia grande y excelencia de olor que trae consigo y que iguala al más precioso y mejor perfume; y así dice: Como columnas de humo oloroso, y oloroso perfume de mirra.

«Veis el lecho mío, que es de Salomón.» Deja de decir de la esposa, y vuelve á loar el palacio y atavíos de camas y doseles de Salomón, que es desconcierto que da mucha gracia en semejantes poesías; porque responde á la verdad de lo que acontece á los mirados de semejantes fiestas, que pasan la vista de unas en otras cosas muy diversas, sin guardar en ésta ningún orden, ni concierto; y como el gusto y sabor de mirarlo les desconcierta los ojos, así el alboroto del corazón alegre, cuando declara por palabra su regocijo y trae sin orden ninguna á la boca mil diferencias de cosas. Por eso dice: «Veis el lecho de Salo-

món;» que es decir, riquísimo y hermosísimo, y que para muestra de grandeza y mayor seguridad de los que en él descansan, velan junto á él nuestra gente de armas, como es costumbre de los reyes; y así dice:

«Sesenta poderosos de su cerco, de los más poderosos de Israel; todos ellos tienen espadas y son guerreadores sabios;» esto es, saben de guerra, que es decir que son escogidos en fuerza y saben de armas, y son bien proveídos de ellas, y diestros en ellas para defenderse.

«La espada de cada uno sobre su muslo,» que es el asiento de la espada, «por el temor de las noches;» esto es, por los peligros, que entonces suelen acontecer y se temen, para que entiendan la misma guardia que pone Dios en que nadie rompa el reposo de los que en él descansan.

«Litera hizo para sí Salomón de madera del Libano.» Pensaba decir el trono real con palabras de regocijo y admiración, como diciendo: «Pues ¿qué me diréis del trono que ha edificado para sí, en quien la hermosura compite con la riqueza, que todo él es hecho de plata y oro y de púrpura por extraña labor y manera? Lo que dice: «Y en medio cubierto con amor,» la palabra hebrea *razuph* quiere también decir encendido, que es decir, todo él con su hermosura y riqueza encendía en amor, y codiciaba afición á las hijas de Jerusalén; esto es, á todos los ciudadanos de aquel lugar, que mirando tan rica y excelente obra, la codiciaban; pero toda esta belleza era menos á la que mostraba el Señor de todas estas obras en sus vestidos y disposición; y así dice:

«Salid y ved, hijas de Sión, al rey Salomón con la corona que le coronó, etc.» Corona significa gracia en la Escritura Sagrada, reino y mando, por ser tal la insignia de los reyes. Dice que se la dió su madre, porque Betsabé, madre de Salomón, como parece en el libro segundo de los Reyes, por su discreción y buena industria alcanzó de David que, entre otros muchos hijos que tuvo, señalase



por sucesor á Salomón en todos sus reinos y señoríos; ó corona es, y esto no me parece menos bien, todo género de atavío y traje galano y de buen parecer, y que agrada al que lo trae, como la guirnalda, que hace al que la trae en la cabeza agraciado; como el mismo Salomón, en el capítulo primero de los *Proverbios*, amonestando al mozo bozal á que diese atención y creyese á sus palabras, le dice que el hacello así le será corona de gracias; conviene á saber, agraciada y hermosa para su cabeza; esto es, lo estará también al alma cuánto cualquiera otro traje hermoso al cuerpo, por galán y gentil que fuese; pues cosa sabida es que el día de las bodas es el día de las galas.

## CAPÍTULO IV.

## ESPOSO.

- 1 ¡Ay qué hermosa eres, amiga mía, ay cuán hermosa! Tus ojos de paloma entre tus guedejas, tu cabello como un rebaño de cabras que suben al monte de Galaad.
- 2 Tus dientes como un rebaño de ovejas trasquiladas que salen de bañarse, todas ellas con sus crías; no hay machorra en ellas.
- 3 Como hilo de carmesí tus labios y el tu hablar pulido. Como cacho de granada tus sienes entre tus guedejas.
- 4 Como torre de David tu cuello, fundada en los collados; mil escudos cuelgan de ella, todos escudos de poderosos.
- 5 Tus dos tetas como dos cabritos mellizos, que están pacienciendo entre azucenas.
- 6 Hasta que sople el día y huyan las sombras voyme al monte de la mirra y al collado del incienso.
- 7 Toda eres, amiga mía, hermosa; falta no hay en ti.
- 8 Conmigo del Líbano, esposa, conmigo del Líbano te vendrás, y serás coronada de la cumbre de Amaná, de la

cumbre de Sanir y Hermón, de las cuevas de los leones y de los montes de las onzas.

9 Robaste mi corazón, hermana mía, esposa; robaste mi corazón con uno de los tus ojos en un sartal de tu cuello.

10 Cuán lindos son tus amores, más que el vino, el olor de tus amores sobre todas las cosas aromáticas.

11 Panal que destila tus labios, esposa, miel y leche está en tu lengua, y el olor de tus vestidos como el olor del incienso.

12 Huerto cerrado, hermana mía, esposa; huerto cerrado, fuente sellada.

13 Las tus plantas (son) como jardín de granadas, con fruta de dulzuras; juncia de olor y nardo.

14 Nardo y azafrán, canela, con los demás árboles del Líbano; mirra y sándalo, con los demás preciados olores.

15 Fuente de huertos, pozo de aguas vivas que corren del monte Líbano.

16 Sus, vuela, cierzo, y ven tú, ábrego, y orea el mi huerto y espárganse sus olores.

## COMENTO.

« ¡Ay qué hermosa eres, amiga mía, ay qué hermosa! » Este capítulo no trae dependencia alguna con lo que arriba se ha dicho, porque todo es un loor lleno de requiebro y gracia que da el esposo á su esposa, particularizando todas sus facciones, encareciendo la hermosura dellas por comparaciones diversas, en que hay grande dificultad, no tanto por ser la mayor parte ajenas y extrañas de nuestro común uso y estilo, y algunas de ellas contrarias al parecer de todo lo que quieren declarar: sino es, como ya dije, que en aquel tiempo y en aquella lengua todas estas cosas tenían gran primor, como en cada tiempo y en cada lengua vemos mil cosas recibidas y usadas por buenas, que en otra lengua ó en otro tiempo no las tuvieran por bue-